

# Pensar

epistemología, política y ciencias sociales

Números 3/4  
2008/2009



Centro **Interdisciplinario**  
de  
**Estudios Sociales**

Universidad Nacional de Rosario



Revista Pensar. Epistemología, Política y Ciencias Sociales.  
Publicación Editada por el Centro Interdisciplinario de Estudios Sociales (C.I.E.SO.)  
Facultad de Humanidades y Arte – Universidad Nacional de Rosario.

ISSN 1852-4702

## N° 3/4 | 2008/2009

### **Dirección**

Diego A. Mauro  
Gustavo M. Cardozo

### **Editor**

Diego P. Roldán

### **Consejo Editorial**

Cecilia M. Pascual  
María Liz Mansilla  
Horacio M. Zapata  
Leonardo Simonetta  
Hernán A. Uliana  
Jorge Morales Aimar

### **Consejo Consultivo**

Marta Bonaudo (UNR, CONICET, Argentina), Carlos Iglesias (UNL, Argentina), Esther Díaz de Kóbila (UNR, Argentina), Darío Barrera (UNR, CONICET, Argentina), Marta Brovelli (UNR, Argentina), Luciano Alonso (UNL, Argentina), Daniel Pérez (Pontificia Universidade Católica de Paraná, Brasil), Sandra Fernández (UNR, CONICET, Argentina), Lida Miranda (UTDT, CONICET, Argentina), Ignacio Martínez (UNR, CONICET, Argentina).

### **Traducciones del Inglés**

Virginia Rolle  
Julieta Rinaldi  
Melisa Laura Capiglioni  
Fernanda Page

### **Traducción del portugués**

Diego P. Roldán

### **Traducciones al inglés**

Luciano Enjuto

# SimposioS

## **Simposio sobre**

# ***La Zona Gris* de Javier Auyero**

### **Escriben:**

Hernan A. Uliana  
Marcelo D'Amico  
Diego A. Mauro  
Javier Chapo y Cecilia M. Pascual

### **Responde:**

Javier Auyero

**1** En la madrugada del 8 de Febrero del año 2007, un incendio destruyó las casas de aproximadamente 300 familias que habitaban la villa El Cartón, ubicada bajo la autopista 7 en la ciudad de Buenos Aires. Al día siguiente, el jefe de la policía federal declaró ante varios medios periodísticos que estaba investigando las causas del incendio porque, según habían podido escuchar sus agentes de parte de varios vecinos, éste podría haber sido intencional. Algunas semanas más tarde, la ministra de Derechos Humanos y Sociales de la ciudad, Gabriela Cerruti, confirmaba las sospechas del jefe policial y denunciaba la “intencionalidad política” del incendio. Un sinnúmero de acusaciones entre distintas facciones políticas le siguieron (algunas provenientes del gobierno de la ciudad, otras del gobierno federal) a las declaraciones de la ministra, acusaciones que iban desde la “manipulación de los pobres” y la “utilización de los pobres para mejorar posiciones políticas” hasta aquellas que lamentaban las supuestas conexiones entre los causantes del incendio y “gente en el poder”. Otros funcionarios familiarizados con los eventos confirmaron el carácter premeditado del “accidente”. En una conversación al pasar, al día siguiente de los hechos, el jefe de policía local le comentaba a un alto funcionario del gobierno municipal: “¿Vos te imaginás? ¡El incendio no agarró desprevenido ni siquiera a un borracho! La gente de la villa sabía esto de antemano.” Este funcionario, días después, me aseguraba de manera sucinta: “Estuvo todo armado...”

Cuando la entonces fiscal de estado, Mónica Cuñarro, investigó el incendio en la villa, se enfrentó a una particular paradoja. Los carros y los caballos –uno “de los elementos de trabajo más importantes de la población local” según aclara en el informe de la fiscalía– estaban llamativamente ausentes cuando el incendio se esparció rápidamente en las casillas de la villa. Si el fuego fue accidental, ¿Cómo es que los caballos no fueron sorprendidos en medio de este infierno? La ausencia de los equinos es, a juicio de la fiscal, uno de los tantos elementos que prueban el carácter planificado del incendio. Entre otros elementos que detalla el informe de la fiscal: los vecinos evitaron pérdidas vitales como productos electrodomésticos, colchones, sillas, y mesas. La fiscal concluye su informe asegurando que líderes barriales planificaron el incendio e informaron a la mayoría de los vecinos quienes, alrededor de las 5 de la mañana, pusieron a resguardo sus posesiones más valiosas, entre las que se encontraban los caballos.

En su detallado informe, la fiscal ubica a estos episodios en un contexto político más amplio, insistiendo que estos fueron planeados en momentos cercanos a las elecciones en la ciudad por líderes barriales que querían aprovechar un desastre masivo para ejercer presión sobre las autoridades municipales y así obtener viviendas o subsidios. El reporte de la fiscal va más allá de los eventos no sólo al contextualizarlos en un momento particular del ciclo electoral, sino al relacionarlos con otros episodios de violencia colectiva como la invasión organizada de un complejo habitacional en el Bajo Flores ocurrido tan sólo dos meses antes de los episodios en villa El Cartón.

¿Qué querían lograr los organizadores del incendio? Del reporte de la fiscal y de dos entrevistas que le realicé en enero de este año se desprende una conclusión poco

---

<sup>1</sup> Sociology Department, University of Texas at Austin

ambigua: estaban intentando obtener viviendas. Provocando un desastre en la villa, forzarían a las autoridades municipales a mover a la ahora desamparada población al tope de la lista de quienes esperan viviendas de parte del gobierno. En otras palabras, los organizadores del incendio (y los que organizaron la invasión del complejo habitacional en Bajo Flores) estaban haciendo política por otros (violentos) medios. Un análisis detallado del reporte y de los hechos deja entrever otra conclusión: Los “invasores” e “incendiarios” (o al menos, los organizadores del incendio y de la invasión) no estaban solos. Tenían, oscuras y clandestinas, conexiones con sectores del sistema político.

Comienzo mi breve respuesta a las muy estimulantes y perspicaces críticas de *La Zona Gris* con la historia de los tristes episodios de El Cartón porque estos apuntan, precisamente, a la zona de conexiones invisibles y clandestinas entre actores políticos e instigadores de la violencia colectiva que el libro intenta tematizar. Esa zona, los críticos del libro acuerdan, merece atención –y el incendio en la villa está ahí para atestiguarlo.

Dos implicaciones se desprenden del libro y, más claramente, de los comentarios críticos realizados en esta página. En términos analíticos: el estudio de la política tiene que procurar integrar esta zona gris en el estudio de la política rutinaria. Si no prestamos atención a estas relaciones clandestinas correremos un riesgo similar al que apuntan Gretchen Helmke y Steve Levitsky al hablar de la desatención que la ciencia política ha tenido para con las “instituciones informales”: perderemos de vista buena parte de lo que motiva y condiciona al comportamiento político, obstaculizando así la explicación de importantes fenómenos políticos. Antes que desmerecer estas conexiones como fenómenos aberrantes o denunciarlas en términos morales, el desafío que tiene el análisis sociológico es incorporarlas en las explicaciones de la acción política. En términos metodológicos: si hemos de prestarle atención seria y rigurosa a la zona gris, necesitamos una etnografía política enraizada en el terreno. Esa etnografía puede desenterrar las prácticas que están de otra manera escondidas e identificar su necesidad social, sus sentidos y su intencionalidad (en el sentido fenomenológico) que son tanto la causa como la consecuencia de esas relaciones grises.

## 2.

El análisis político debe prestar atención empírica a las conexiones clandestinas tanto en el estudio de la política rutinaria (por ejemplo, la política partidaria cotidiana) como en el estudio de la política beligerante (por ejemplo, acciones colectivas de protesta). Como bien se señala en más de una de las críticas, *La Zona Gris* no provee al lector de una definición cerrada de esa zona de intersección sino que llama la atención acerca su existencia y la propone como una herramienta conceptual para la comprensión y explicación de procesos políticos. A partir de una definición provisoria de esta zona como aquella área de conexiones clandestinas (entendiendo a la clandestinidad como una relación secreta y escondida) me dispuse en el libro a utilizar esa herramienta para entender los episodios de diciembre del 2001. En esto acuerdo con lo que apuntan mis críticos: sólo utilizando más (y, esperemos, mejor de lo yo que lo hice en el libro) esa herramienta podremos saber de su utilidad. Pero, así como un martillo no puede ser utilizado para serruchar, la “zona gris” como herramienta no pretende presentarse

como un instrumento “todo terreno.” Quizas sirva para desentrañar, por ejemplo, buena parte de la dinámica política de la distribución de viviendas populares en la capital federal, quizás sirva para comprender los meses de movilización popular contra las pasteras en Gualeguaychú... quizás.

El trabajo empírico necesitará examinar las razones por las cuales los actores “escogen” operar en el interior de esa zona, las maneras en las que aprenden sobre su funcionamiento, y los mecanismos y procesos involucrados en su surgimiento y perpetuación. Uno podría hipotetizar que los actores políticos establecen relaciones clandestinas a los efectos de perseguir fines no considerados públicamente aceptables –de manera similar a la forma en que otras instituciones informales se crean y perduran. Pero sólo el trabajo de campo podrá desentrañar la diversidad de razones (y las estrategias y competencias específicas) detrás de la activación y operación de las relaciones clandestinas. Sólo la observación en tiempo y espacio real puede ayudarnos a describir y explicar las formas en las que los actores aprenden (probablemente, por “ensayo y error”) sobre la importancia y, a veces (como algunos informantes la describen) la “necesidad”, de activar estas relaciones (como la única forma de “lograr algo” –“algo” como el desalojo de una propiedad ocupada o el ejercicio de presión sobre una agencia del estado). La observación en tiempo y espacio real también nos podrá ayudar a revelar los factores que dan forma a la oferta y demanda de “actos grises”.

Sin embargo, como bien intuyen algunos de los críticos, entender y explicar por qué los actores políticos se involucran en este modo específico de comportamiento, cómo lo experimentan, y cómo lo aprenden, es insuficiente para explicar la emergencia y existencia de la zona gris como tal. Debemos también concentrar nuestra atención empírica en los mecanismos y procesos que, por sobre la conciencia de los actores, sostienen a las relaciones clandestinas. Aquí el foco de análisis tiene que estar centrado en las interacciones dinámicas entre actores dentro y fuera de la “polity” y entre instituciones formales e informales, prestando particular atención al mecanismo de “mediación” entendido este como el forjamiento de conexiones sociales entre actores y/o lugar previamente desconectados (McAdam, Tarrow, y Tilly 2001). La formación de estas conexiones entre actores no relacionados en el campo político (y fuera de él) es un mecanismo crucial a la hora de explicar el origen y reproducción de la zona gris.

### 3.

Frente a buena parte de la investigación sobre acción colectiva y sobre política partidaria en América Latina uno no puede sino recordar la historia del borracho de Abraham Kaplan; aquel que buscaba la llave de su casa, que había perdido a una considerable distancia, bajo el poste de luz callejero. Cuando le preguntaban por qué la buscaba allí y no en donde la había dejado caer, él respondía: “Porque aquí hay luz!” Por mucho tiempo, la ciencia política y la sociología política han evitado adentrarse en los detalles ordinarios de la actividad política, en sus significados implícitos, en sus intrincados entramados, en sus prácticas informales. Basándose en herramientas metodológicas familiares como las encuestas de opinión o los datos secundarios, se han quedado, confortablemente, “bajo la luz del farol” perdiendo de vista una dimensión importante de cómo la política, para parafrasear el título del libro de Ledeneva sobre la Rusia post-soviética, “realmente funciona.”

Insisto sobre esto porque no estoy muy de acuerdo con la crítica que se le hace a *La Zona Gris* en relación a los supuestos normativos que el libro estaría defendiendo. Si se me permite concluir con una breve referencia a mi biografía intelectual. Hace más de diez años comenzaba mi investigación sobre un aspecto de la política popular en Argentina: La manera en que los pobres urbanos resolvían sus problemas cotidianos mediante la mediación política personalizada. En aquel libro criticaba el uso y abuso de la noción de clientelismo y advertía sobre el peligro que su utilización implicaba. Me acerqué al tema del patronazgo no por una preocupación sobre el (mal)funcionamiento de nuestra democracia en relación a ideales liberales, sino por una preocupación teórica sobre el (buen)funcionamiento de los mecanismos de dominación social y política. Me interesaba encontrar un universo social específico (aquel de una actividad política en una villa) en el cual entender y explicar, mediante la puesta en práctica de herramientas conceptuales como el habitus y la violencia simbólica, la dominación política. Para decirlo de manera simple y simplificada, no era Habermas a quien tenía en mente sino a Bourdieu.

La Zona Gris concluye el programa de investigación que comenzó, a tientas por cierto, con la tesis doctoral que dio origen a *La Política de los Pobres* y que me llevó a indagar en la relación entre dos fenómenos típicamente entendidos como antagónicos: el clientelismo y la acción colectiva. Fue escudriñando empíricamente esa relación que me topé con la zona gris de la política. Cierto es que ésta no está tan iluminada como la política oficial, “civilizada” en el sentido eliasiano de desprovista de violencia, pero si queremos descubrir las causas de la violencia colectiva y lograr un entendimiento más adecuado de la política en general, no tenemos otra opción más que alejarnos un poco del farol de luz y adentrarnos en zonas más oscuras.

#### **BIBLIOGRAFIA**

Helmke, G. y S. Levitsky, “Informal Institutions and Comparative Politics,” *Perspectives in Politics* 2 (2004): 725-740.

Ledeneva, A. *How Russia Really Works*, (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2006)

McAdam, D. S. Tarrow, y Ch. Tilly, *Dynamics of Contention*, (New York: Cambridge University Press, 2001).